

cho mas que repetir lo que decia el monge, dijo Pelagia en voz baja.

—¿Quién te mira con malos ojos, mi reina? gritó enfurecido el Amal. Díme-lo, y por el martillo de Thor juro....

—¿Quién habla contigo, estúpido amante mio? dijo Pelagia, que temia á cada paso una tormenta. Nadie aquí me mira mal: solo yo me enfado contigo porque no oyes bien y te metes en todo. Mira, si no eres bueno, me escaparé con el príncipe Wulf. ¿No ves que toda tu gente está esperando que le pronuncies un discurso?

El Amal se levantó y dijo:

—Wulf, hijo de Ovida, y vosotros, guerreros todos, oid: Si necesitamos riquezas, no las encontraremos entre montañas de arena; si queremos mugeres, no las hallaremos mas hermosas que estas entre dragones y diablos. No arrugues el ceño, Wulf: ¿por ventura querás casarte con alguna de esas muchachas de cabeza de perro, de que nos ha hablado el monge? Además, tenemos dinero y mugeres, y si deseamos divertirnos en la caza, mas vale cazar hombres que cazar fieras. Por tanto, lo mejor es

volver donde encontremos hombres que cazar, ya que por el camino que llevamos no hemos de encontrarlos. En cuanto á la fama y demas, aun cuando tenemos ya bastante, todavía hay mucha que adquirir en cualquiera de las costas del Mediterráneo. Podemos quemar y saquear á Alejandria. Cuarenta de nosotros bastan para matar á todos sus defensores en dos dias, y despues ahorcaremos á ese embustero de prefecto, que nos ha hecho venir hasta aquí con sus mentiras. No me repliques, Wulf: yo sabia que nos engañaba, pero como tú escuchabas con tanta boca abierta lo que decia, tuve que dejarme guiar por el parecer de los mas ancianos. Volvamos: enviaremos por alguna de las tribus; enviaremos á España por los vándalos, que ya están cansados de ese maldito Ataulfo: yo les llamaré; formaré con ellos un ejército y tomaré á Constantinopla. Entonces yo seré Augusto y Pelagia Augusta, y tú y Smid sereis los dos Césares, y haremos á este monge gefe del palacio, ¿eh? En fin, haré lo que querais como no sea dar un paso mas por este maldito canal de agua caliente. Amigos mios, preguntad á vues-

tras mugeres; yo preguntaré á la mia: las mugeres son todas profetisas.

—Cuando son honradas, murmuró Wulf entre dientes.

—Yo iré hasta el fin del mundo contigo, rey mio, dijo Pelagia suspirando; pero ciertamente me agrada mas Alejandria que esto.

El anciano Wulf se puso en pié con ademan feroz, y dijo:

—Amalrico el Amal, hijo de Odin, y vosotros, héroes todos, oid. Cuando mis padres juraron fidelidad á Odin y dieron el reino á los sagrados Amales, hijos de Æsir, ¿cuál fué su vínculo de union con vuestros padres? ¿No fué que caminariamos siempre al Mediodía hasta llegar á Asgard, la ciudad donde mora Odin eternamente, y entregar en sus manos el cetro de toda la tierra? ¿No hemos guardado nuestro juramento? ¿No hemos seguido á los Amales? ¿No dejamos á Ataulfo, que no queria continuar mas al Sur, por cumplir nuestra palabra, mientras ha habido un Amal que nos guiasé? ¿No te hemos sido fieles, hijo de Æsir?

—Nadie ha visto á Wulf, hijo de Ovida, faltar jamas á amigo ni á enemigo.

—Entonces, ¿por qué su amigo le falta á él? Si el toro se echa á descansar, ¿qué hará el resto del ganado? Si el lobo pierde la pista, ¿cómo la ha de conservar la manada de lobeznos? Si el Ingling olvida el canto de Asgard, ¿quién le cantará á los héroes?

—Cántalo tú, si te parece. Pelagia canta bastante bien para mí.

Aprovechó astutamente la ocasion Pelagia, y comenzó á cantar con acento suave, blando y voluptuoso:

Deja los remos por vida mia,
A Alejandria volvamos ya.
Entrega el barco á la corriente,
Que blandamente nos llevará.
La vida es corta, el tiempo vuela;
Suelta la vela; descansarás
En el regazo de quien te adora
Y hasta la aurora te dormirás.

—¿Qué puedes contestar á eso, Wulf? esclamaron una docena de voces.

—Oid el canto de Asgard, guerreros de los godos, ese canto que tanto agradaba al rey Alarico. Yo le canté en su presencia en el palacio de los Césares, hasta que juró, no obstante ser cristiano

como era, caminar siempre al Mediodía en busca de la ciudad santa. Y cuando se fué al Walhalla (1), y los buques naufragaron en Sicilia; y cuando Ataulfo volvió las espaldas como un perro cansado y se casó con la hija de los romanos aborrecida de Odin y se dirigió de nuevo al Norte hácia la Galia, os canté todo aquel canto en Mesina hasta que jurásteis seguir al Amal por entre el fuego y el agua en busca de la morada de Odin, donde recibiremos la copa de sus manos. Oid, pues, guerreros godos.

—No quiero oír, gritó furiosamente el Amal tapándose los oídos con ambas manos. ¡Quiéres escitarnos otra vez á derramar sangre, precisamente cuando estamos mas tranquilos y cuando empezamos á conocer que la vida se ha hecho para otra cosa?

—Oid el canto de Asgard. — ¡Adelante! ¡á Asgard, á Asgard, hijos de los godos! gritaron otros: y en breves momentos el barco fué una babel de voces.

—¿No llevamos ya siete años de marchas y combates? decia uno.

(1) Al cielo de Odin.

—¿No hemos bebido, decia otro, diez veces mas sangre que la que se necesita para satisfacer á Odin? Si nos necesita, que venga él mismo y sea nuestro capitán.

—El príncipe Wulf es como su nombre (1), nunca se cansa; pero si él tiene piernas de lobo, esa no es razon para exigir que nosotros las tengamos tambien.

—¿No has oído lo que dice el monge? Que no podremos pasar de las Cataratas.

—Yo concluiré primero con él y con sus cuentos de vieja, y despues me entenderé con vosotros.

Y levantándose del travesaño en que estaba sentado, tomó con una mano un cuchillo y asió con la otra el cuello de Filemon. . . . Un momento mas, y todo habia concluido para el pobre monge.

Por la primera vez en su vida Filemon sintió en su cuerpo la mano de un enemigo, y una nueva sensacion corrió por todos sus nervios al sostener el ataque del anciano guerrero, cogiéndole con la mano izquierda de la muñeca

(1) Wulf significa lobo. (N. del T.)

que tenia levantada asiéndole con la otra del cinturon, y comenzando con él sin propósito determinado una lucha terrible, que por mas extraño que parezca, fué un espectáculo divertido para los circunstantes.

Las mugeres gritaban suplicando á sus compañeros que separasen á los combatientes, pero en vano.

—¡Dejadlos, dejadlos! ¡Buen combate! ¡magnífico! Encoge esas piernas, Yto; ¡no ves que van á caer sobre tí? Eso es justo, príncipe, no hay que usar del cuchillo: no tardará uno en caer. ¡Voto á todas las Walkirias, los dos han caido, y el príncipe debajo del otro!

Así era en efecto; y en un momento Filemon podria haber arrancado el cuchillo de la mano de su enemigo. Pero con grande asombro de los espectadores, hizo un poderoso esfuerzo para desprenderse de él, le soltó y se retiró tranquilamente á su asiento, asustado en su conciencia de la horrible sed de sangre que se habia apoderado de él al ver al anciano guerrero bajo su poder.

La admiracion impuso por un momento silencio á todos; tenian por cosa corriente que Filemon hubiera usado de

su derecho matando á su enemigo y arrancándole la cabellera, acontecimiento que habrian deplorado profundamente, pero que como hombres de honor no habrian tratado de evitar, contentándose con desollar vivo al vencedor, ó practicar con él alguna otra delicada ceremonia de esta especie, que pudiera servir para mitigar su pena y consolar el alma del difunto.

Wulf se levantó con el cuchillo en la mano y miró alrededor, tal vez para inquirir lo que de él se esperaba. Levantó luego su arma para herir á Filemon, el cual sin moverse de su asiento no hizo mas que mirarle tranquilamente á la cara.... Entonces el anciano guerrero, fijando la vista en la orilla del rio, observó que el barco seguia con rapidez la corriente; y cuando se convenció de que indudablemente en vez de subir navegaban rio abajo, tiró el cuchillo y se sentó resueltamente en su sitio, asombrando á los espectadores casi tanto como los habia asombrado Filemon.

—¡Cinco minutos de buen combate, y ninguno ha muerto! ¡qué vergüenza! exclamó Smid. Queremos ver correr la sangre, y vale mas que sea la tuya que

la de aquellos que son mejores que tú. Diciendo esto el armero de la compañía, se lanzó sobre el pobre Filemon.

El armero habia manifestado los deseos de toda la tripulacion del barco. La lucha habia despertado sus instintos sanguinarios; querian sangre; y levantándose todos, no con la furia del celta ó del egipcio, sino con la fria y alegre crueldad del teuton, se apoderaron de Filemon con el objeto de desollarle, ó por lo menos de empalarle.

Filemon se sometió tranquilamente á su suerte, si sumision puede llamarse aquel estado de absoluto asombro en que la novedad del caso le tenia. Su repentina salida del monasterio; el nuevo mundo de ideas y de accion en que habia entrado; los nuevos compañeros con quienes se hallaba le tenian como estupefacto. El, que habia prometido no mirar á las mugeres, se encontraba por efecto de circunstancias invencibles, en un barco lleno de las peores que podia haber hallado; y habiéndole así acaecido lo peor que en su concepto le podia acontecer, todo lo demas que pudiera sobrevenirle necesariamente habia de mejorarle su situacion. Por lo demas,

habia salido para ver mundo y le estaba viendo; era preciso conformarse y recoger el fruto de sus deseos.

Y ciertamente le hubiera recogido antes de cinco minutos en una forma demasiado terrible, si Pelagia no hubiera gritado llena de compasion:

—Amalrico, Amalrico, no les dejes que le maten! ¡No puedo sufrir tal espectáculo!

—Los guerreros son hombres libres, querida mia, y yo no puedo intervenir en esto. ¿Pero qué te importa la vida de ese animal?

Antes que nadie pudiera detenerla, Pelagia se habia levantado de sus almohadones y lanzado en medio de aquel círculo de fieras, gritando:

—¡Dejadle, dejadle, por amor mio!

—Hermosa jóven, no interrumpas la diversion de los guerreros.

En un instante Pelagia se quitó su manto y le arrojó sobre Filemon, quedando solo cubierta de la ligera túnica de gasa y esclamando:

—Veremos quién se atreve á herirle debajo de ese manto, aunque está teñido de azafran.

Los godos retrocedieron. Tenian á

Pelagia tan poco respeto como el resto de la sociedad; pero en aquel momento no era para ellos la Mesalina de Alejandria, era una muger; y fieles á su antiguo é instintivo respeto á las mugeres, se detuvieron, contemplaron sus ojos brillantes, en que estaban pintados el terror femeníl, la noble indignacion, la piedad, y se retiraron murmurando.

Sin embargo, todavía no estaba asegurada su victoria, cuando Pelagia sintió que una mano pesada se apoyaba en su hombro, y volviéndose vió á Wulf, hijo de Ovida.

—Retírate, hermosa, dijo Wulf. Guerreros, reclamo á ese jóven, es mi prisionero. Podria haberle dado muerte si hubiera querido. No lo hice, y nadie le matará.

—Dánosle, príncipe Wulf: no hemos visto sangre hace muchos dias.

—Habrais visto rios de ella si hubierais tenido corazon para seguir adelante. Ese valiente muchacho es mio; me ha derribado en buena lucha y me ha perdonado la vida; quiero enseñarle á ser guerrero.

Y levantó del suelo al monge, que estaba tendido en él.

—Eres mi prisionero, le dijo. ¿Te gustan los combates?

—Filemon, no comprendiendo el idioma en que le hablaban, no pudo hacer mas que mover la cabeza.

—Dice que no, dice que no! ¿Es un cobarde; dánosle!

—Ya habia yo muerto reyes cuando vosotros no matábais todavía sino ranas. Oídme, hijos míos. El cobarde lucha con furor al principio y afloja al momento, porque su sangre tan pronto como se enciende se enfria. Pero el valiente cada vez se enardece mas, porque el espíritu de Odin descende sobre él. Yo he visto el modo de combatir de este muchacho, y os digo que con mis lecciones será todo un hombre.

Y Wulf llevó á Filemon á su asiento.

—Podemos tambien hacer que nos sirva, dijo Smid.

—Bien, contestó su nuevo protector: puede remar por nosotros, como nosotros hemos remado por él; y si hemos de volver para bajar al pozo de Hela despues de una muerte sin gloria, cuanto mas de prisa vayamos, mejor.

Y poniéndose á remar todos, dieron un remo tambien á Filemon, y le mane-

jó con tanta fuerza y desireza, que los que acababan de mostrarse sus enemigos, le felicitaron cordialmente por aquellas estimables cualidades.

CAPITULO IV.

MIRIAM.

Pocos dias despues de los sucesos referidos en el capítulo anterior, la esclava favorita de Hipatia entró en su cuarto una mañana con rostro alterado.

—Señora, la vieja judía, esa á quien tantas veces hemos visto mirando á tus ventanas desde la acera de enfrente, esa que nos asustó á todas el otro dia atreviéndose á entrar, porque seguramente es una hechicera terrible. . . .

—Bien, ¿qué?

—Está abajo y quiere hablar contigo. Yo no tengo cuidado, porque llevo un amuleto. ¿Le tienes tú tambien?

—¡Necia! Los que como yo están iniciados en los misterios de los dioses pueden desafiar á los malos espíritus y darles órdenes. ¿Crees que la favorita

de Palas Atene podrá temer los encantos ni la mágia? Dile que suba.

La esclava se retiró considerando las altas pretensiones de su ama con un sentimiento de respeto mezclado de incredulidad, y volvió con la vieja Miriam, conservándose prudentemente detrás de ella, y procurando evitar aquella mirada de basilisco para no esponer á una prueba demasiado fuerte el poder del amuleto que llevaba consigo.

Miriam entró, y adelantándose hácia la orgullosa belleza, que permanecía sentada, se inclinó profundamente delante de ella, aunque sin apartar la vista de su semblante.

El rostro de la vieja era duro y arrugado, su boca ancha, sus labios delgados; pero lo que mas llamó la atencion de Hipatia fueron los ojos negros como el carbon, que brillaban bajo las cejas grises de su semblante moreno entre dos rizos negros, que le caian de la frente entrelazados con monedas de oro. Hipatia no podia separar su vista de aquellos ojos; se puso encendida y empezó á sentir los impulsos de una cólera nada filosófica al ver que la vieja la miraba con instancia, como si supiera,